

Zambayonny



# Biografía de un superhéroe

Ilustraciones de  
Daniel Caporaletti



MAREA  
EDITORIAL



## La risa japonesa

Llevo varios días encarcelado en este barco ballenero japonés, sin embargo la condena por polizón no es tan difícil de sobrellevar ya que los tripulantes de barco son muy divertidos.

Una de las cosas que demuestra su buen humor es una broma que me hacen cada noche y que ellos llaman “kachaída” o algo así y que consiste en esperar a que sean las cuatro de la mañana más o menos, entonces se desnudan todos en perfecto silencio y luego corren gritando todos a la vez hasta mi celda golpeando los barrotes como si estuvieran locos.

Tengo que reconocer que las primeras noches que me despertaron con la “kachaída” casi me muero de un infarto y que me costaba mucho entender dónde me encontraba y qué era lo que estaba sucediendo; llegué a creer que los fantasmas del infierno venían por mí.

Pero no, eran los mismos japoneses que de día me ignoraban por completo mientras realizaban sus tareas como pescadores. Luego de despertarme con la “kachaída” ellos se reían y regresaban a sus habitaciones para dormir hasta las seis de la mañana, hora en que sonaba la sirena.

Hace un par de noches decidí adelantarme a la “kachaída”, entonces me hice el dormido y cuando se aproximaron las cuatro de la mañana y oí que se estaban acercando a mi celda, pegué un salto de mi cama desnudo gritando y empecé a golpear los barrotes como un loco.

A juzgar por los rostros serios de los japoneses tengo que decir que no les gustó para nada que yo me hubiera adelantado a su broma. Ninguno se rió pese a que yo no podía detener las carcajadas, entonces se dieron media vuelta lentamente con sus colas flacas al aire y se volvieron a sus camas.

Desde entonces no volví a adelantarme a la “kachaída”, a veces me hago el dormido y cuando ellos llegan finjo que me despierto sobresaltado, entonces los japoneses se ríen y se van a dormir felices.

Janakka es el que pasa más tiempo conmigo durante el día y, pese a que no sabe ni una palabra de castellano, se sienta en el suelo del otro lado de las rejas y se queda escuchándome contarle historias del Uruguay, de mi infancia y también de Buenos Aires. A las tres o cuatro horas, se levanta, me mira y me dice seriamente: “Sake ane guné... Sake ane guné ¡Papala!”, no sé qué es lo que significa pese a que estoy tratando de aprender japonés. Al principio parece difícil, casi les diría que imposible porque hablan muy rápido, como si quisieran que uno no les entienda bien, pero con el correr de los días estuve relacionando las palabras con los acontecimientos y descubrí algunas cosas muy interesantes, por ejemplo, creo que “Wonú” significa “Por favor” o “Me voy a descansar”, y la frase “Kedo mataga pemo i guné” o significa “Denle de comer al preso” o significa “Vivimos de cazar ballenas”.

A mí me dicen “Kaeélo” y yo a ellos les digo Japoneses.

Otra de las cosas que demuestra el buen humor de estos japoneses es que, aprovechando que son todos muy parecidos, se acerca alguno a mi celda, por ejemplo a traerme un vaso de agua, luego se va y al rato viene otro fingiendo ser el mismo y me trae otro vaso agua como si el primero no hubiese venido antes, y se van riendo disimuladamente. Hay días en que me traen hasta diez vasos de agua. Los últimos ni siquiera tienen la misma ropa pero se ríen igual. Yo sé que lo hacen

también para confundirme y evitar que me agarre otra vez el Síndrome de Estocolmo, como la primera noche.

Me siguen dando de comer rata, pero no lo hacen como un castigo. Yo estuve pensando mucho en eso y recordé que para ellos la rata es un animal sagrado, como la vaca para los hindúes y por eso hasta le dieron un año, yo por ejemplo soy nacido en un año rata. Sin embargo pronto recordé que eso es en el horóscopo chino y no en el japonés, por lo tanto detuve mis explicaciones a Janakka (o a algunos de sus divertidos dobles) donde quería decirle que yo había nacido en un año rata, y le señalaba el plato con la rata muerta y hacía la mímica de acunar a un bebé y lloraba, pero Janakka estaba muy lejos de entenderme y entonces llamó al capitán y le estuvo diciendo algo durante un rato largo. Al final de la reunión ambos se fueron a la cocina y me trajeron un plato con varias ratas chiquitas y se llevaron la rata grande que me habían dado originalmente.

Anoche fue el cumpleaños del capitán Shang Wo Lee, no sé cuántos años cumplía porque cuando pregunté solo se sonrieron sin decir nada como si quisieran cubrir la vejez de su querido capitán con un manto de piedad.

Habiendo tantos sitios en el barco justo la gran fiesta fue delante de mi celda. Juntaron tres o cuatro mesas, esparcieron muchos platos con diversos manjares del mar y luego llenaron y vaciaron durante horas las copas con un líquido oscuro al que llamaban “Winito”.

Durante la reunión ocurrió lo que parecía ser una ronda de chistes ya que se iban cediendo la palabra de a uno y entonces el orador comentaba algo que terminaba siempre apurado a los gritos y entre risas que enseñida eran acompañadas por las carcajadas y los brindis de los demás.

Yo en varias oportunidades me reí con ganas pese a no haber entendido ni una palabra para ver si lograba congraciarme con ellos y que me dieran otra cosa para comer que no fuera ese plato con ratitas y agua tibia. Sin embargo eran implacables y cuando me oían reír se

reían más fuerte para tapar mis carcajadas como si yo no existiera.

En un momento de la noche cuando el alcohol empezaba a apropiarse de sus gestos y el clima comenzó a tornarse más melancólico, el cumpleaños, o sea el capitán



*...entonces se desnudan todos en perfecto silencio y luego corren gritando todos a la vez hasta mi celda golpeando los barrotes como si estuvieran locos.*

Shang Wo Lee, se paró sobre su silla frente a los demás y comenzó a cantar una melodía muy linda y sentida que todos escuchaban en absoluto silencio agachando las cabezas y llevándose una mano al corazón. Yo en ese momento creí que podía ser una buena oportunidad para demostrarle mi cariño y apoyo al capitán por lo tanto comencé a hacer palmas.

Inmediatamente el capitán dejó de entonar su sentida melodía y todos sin excepción giraron sobre sí mismos para echarme una mirada furibunda. Sin dudas lo tomé como si se tratara de un público difícil al que hay que domar y entonces decidí continuar con las palmas un poco más efusivamente y practicando unos leves pasos que muy poco tenían que ver con el ritmo de la canción original que ya no se oía. Esto fue absolutamente mal interpretado por los japoneses, quienes cada vez tenían su rostro mas consternado. En ese momento dejé de hacer palmas, pero para no demostrar que me había equivocado continué levemente llevando el ritmo con los dedos golpeteando contra el pantalón.

Unos pocos segundos después todos los japoneses me dieron la espalda y a modo de grupo cerrado se agacharon un poco y juntaron sus cabezas para hablar en secreto.

Esta reunión duró más o menos cinco minutos y no pude oír ni una palabra. Concluida la reunión los japoneses se fueron retirando en orden del salón hasta dejarme solo.

Media hora después regresaron todos disfrazados con horriblos trajes de ballenas y apagaron la luz. Solo el reflejo de la luna filtrado por las escotillas permitía ver las temibles siluetas de los japoneses que se acercaban hacia mi celda gruñendo como ballenas, al principio muy despacio pero luego subiendo el volumen a medida que se acercaban, hasta terminar aullando de modo enfermo, como si se tratara de un ritual que se apoderaba de sus gargantas ásperas y partidas.

Una vez frente a mí se quedaron repentinamente en

silencio, solo se oían sus respiraciones agitadas debajo de los disfraces, fue entonces cuando el capitán abrió la puerta de mi celda y me extendió gentilmente la mano como un padre que quiere ayudar a cruzar la calle a su hijo. Uno es débil ante la cortesía, y pocos segundos después caminábamos de la mano hacia la cubierta del barco, escoltados por todos los japoneses ballenas.

Cuando estuvimos a merced de las estrellas y la luna, me soltó la mano frente a una tabla de madera parecida a un trampolín que sobresalía un par de metros del barco. Era la plancha por la que los piratas hacían caminar a sus enemigos hacia la segura muerte del mar oscuro, frío y siniestro.

Intenté negarme pero uno de los japoneses ballenas me obligó a caminar apoyándome un arpón en las costillas. Supe que era el final, mi vida pasó delante de mis ojos pero se detuvo en un recuerdo que jamás había visitado: la fachada de la casa de un vecino de mi infancia.

Unos segundos después comencé a caminar lentamente hacia el borde de la madera con el orgullo de los que van a morir antes que el resto, y cuando llegué al final de mi camino el capitán me hizo una seña para que detuviera mis pasos, luego se paró sobre una amarradera y comenzó la segunda parte del ritual.

Nuevamente se puso a cantar aquella melodía sentida que había comenzado en mitad de los festejos por su cumpleaños, con más tristeza y desolación que en aquella oportunidad. Todos los demás japoneses ballenas agacharon sus cabezas, se llevaron una mano al corazón y respetaron esa ceremonia con toda su humanidad.

Estaba ya cerca el final de la canción cuando ocurrió algo realmente sorprendente, uno de los japoneses comenzó tímidamente a hacer palmas sobre la voz de su capitán, y enseguida otro lo acompañó, y más tarde otro, y luego otro, y luego todos se le sumaron incluyendo al capitán.

Todos los japoneses estaban haciendo palmas.

Unos pocos segundos después comenzaron las risas y luego las interminables carcajadas.

En medio de tanta algarabía el capitán me volvió a extender el brazo y me escoltó entre risas nuevamente hasta mi celda.

Es el día de hoy que cuando alguno pasa por mi celda y me ve, se tienta y se larga a reír.